

MEMORIA URGENTE PARA ANTONIO VALVERDE

“AYALDE”

(El artista renteriano falleció hace 25 años)

Félix Maraña

Antonio Valverde, *Ayalde*, el pintor, escritor y empresario guipuzcoano, nació en Rentería en enero de 1915 y murió en Oiartzun en julio de 1970. Apenas ha transcurrido un cuarto de siglo de su desaparición y su memoria aparece ya quebrada en el olvido. Su talante, su humanidad y su sentido civil hacen sin embargo necesaria una reivindicación urgente de su labor intelectual, realizada en un tiempo difícil, cuando Valverde participó en múltiples tareas creativas y sociales. De joven estudió pintura con Ascensio Martiarena, del que aprendió no sólo el arte pictórico, sino una manera de ser que, en buena medida, recogerían los alumnos y alumnas más aventajados de Martiarena, que fueron muchos.

Muestra de esa inquietud por participar y hacer partícipes a los demás de sus inquietudes, es su intervención constante en la tertulia que convocaban en la Diputación de Guipúzcoa tanto Fausto Arocena como José de Arteche. Con este escritor tuvo Valverde una relación constante y casi parental. De él realizó apuntes, retratos e ilustró algún libro. Arteche, por su parte, dedicó a Valverde, entre otros apuntes en varios artículos, un capítulo de su libro póstumo *El gran asombro* (Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1971). Valverde, Arteche y Miguel Pelay Orozko (trío de excursionistas por todo el país) eran asiduos de aquella tertulia, en la que participaron, entre otros, Oteiza, Luis Mitxelena, Carlos Santamaría, José María Busca Isusi, Aingueru Irigaray, José María Benegas, Tellechea Idígoras, Manuel Agud, Manuel Lekuona, Ignacio María Barriola, Iñaki Zumalde, José Ortega y Gasset, Antonio Tovar o Gregorio Marañón. Todos ellos participaron de una inquietud sobre el rumbo –o la falta de rumbo– de la sociedad de su tiempo. A su manera, esta tertulia, como alguna otra que se desarrolló en la ciudad, fue creando civilidad. Oteiza, en su *Quousque tandem...!* (1963) agradece a Valverde su respuesta al cuestionario sobre lingüística (“*Consulta desde la investigación estética a la investigación lingüística*”) que el escultor enviara a Valverde, Mitxelena y Loidi Bizkarrondo. Valverde juzga el “arro” en versión Oteiza “*interesantísimo*”. Oteiza agradece el interés mostrado por Valverde.

Valverde presidió la Asociación Artística de Guipúzcoa, tras el mandato de Ricardo Baroja y Ascensio Martiarena, institución que contribuyó en buena medida a dinamizar (entonces no se decía así) la vida cultural vasca de la década de los cincuenta y sesenta.



Antonio Valverde era un hombre atento a la realidad de su tiempo. Es fácil advertir su presencia en la vida cultural vasca de los decenios de 1950 y 1960, aunque su tarea creativa comenzara mucho antes, en la década de los treinta, justamente cuando en 1935 recibe el premio de pintura en el Certamen de Artistas Noveles. Valverde forma así parte de esa nómina extraordinaria de creadores guipuzcoanos que, asomados o no a las vanguardias artísticas, dio sus primeros pasos en el Certamen de Artistas Noveles, que organizaba la Diputación de Guipúzcoa. Tras la guerra civil, *Ayalde* vuelve a ser reconocido en dicho certamen de pintura, en 1942. Aquel grupo de artistas jóvenes (Aizpurua, Labayen, Oteiza, Cabanas Erauskin, Balenciaga, Lekuona, Olasagasti, etc...), cuya vindicación documentada debemos agradecer, una vez más, a la profesora Adelina Moya, hicieron de San Sebastián escenario bullente de la modernidad en los primeros años treinta. Aquella modernidad representaba precisamente una contestación al tardo-costumbrismo de los Flores Kaperotxipi, Aitzol y demás. Pero era más que una contestación: era una superación generacional en toda regla. La guerra desbarató aquel laboratorio de vida, creación y novedad que fue la ciudad de San Sebastián. Valverde sufrió también, como todos, quedaron en el bando que quedaron, el “*gran tajo de la guerra*”, en frase de Antonio Machado, teniendo que interrumpir sus estudios de Derecho. En su madurez terminaría dichos estudios, como acabaría por aprender, desde los libros de gramática, el euskara, siendo reconocido por ello como miembro de Euskaltzaindia.

Durante los años cincuenta y sesenta, el editor, el escritor, el pintor, el hombre atento, participó en las más diversas tareas culturales. Así, lo mismo realizaba la portada de un libro, que diseña-

ba (entonces no se decía así) un prospecto, un cartel, un calendario. Referirnos a todas las empresas de sentido colectivo en las que participó, requiere una monografía sobre Valverde, monografía que debería hacerse, recuperando así tanto descuido de hoy sobre esas personas que fueron conformando en el tiempo –un tiempo difícil– la más elemental estructura (entonces no se decía así) cultural. Estúdiese su pintura, su periodismo, su hacer en la vida cultural y económica de Guipúzcoa. Bastaría, en cambio, referirse a algunas publicaciones promovidas por el editor y artista *Ayalde*, para comprender su actitud y talento, su sentido civil. Es el caso del libro *San Sebastián*, editado en 1954, con motivo de las fiestas de la ciudad, por “Industria Gráfica Valverde”, empresa de la que fue director y referencia durante muchos años. El libro no es una publicación de imagen corporativa (entonces no se decía así), sino una muestra rotunda del afecto de una entidad –una empresa, un equipo de creadores, que Valverde había sabido incorporar– por las cosas bien hechas. No es, decimos, un libro, sino una muestra de amor a una ciudad. Y es, además, el primer florilegio de textos e ilustraciones del fervor que escritores de todos los tiempos mostraron por la ciudad de Donostia. Ese librito, *San Sebastián*, es, insistimos, además de una hermosa editorial, una manera de comportamiento. Bastaría con reproducir la breve nota que introduce el mismo:

“Dedicamos este libro a la ciudad de San Sebastián, en donde estamos establecidos desde el año 1941. Hasta esa fecha, Industria Gráfica Valverde, S.A., tuvo durante muchos años sus

talleres en la vecina villa de Rentería, y, anteriormente, en Irún, donde el año 1880 fue fundada por D. Bernardo Valverde.

Desde nuestro establecimiento en San Sebastián hemos sentido sus problemas e intereses como nuestros, así como sus afanes para el porvenir.

Por ello decidimos la publicación de esta obra con la ilusión de que algo contribuirá a difundir el buen nombre de la querida ciudad. Tenemos la satisfacción de haber puesto en este trabajo, al que contribuyen destacadas figuras de las Letras y las Artes, nuestros mejores medios y posibilidades de Arte Gráfico”.

El editor, impresor, creativo (entonces no se decía así) Antonio Valverde recoge en este libro algunas referencias sobre San Sebastián que, reunidas de esta manera, editadas con esta armonía, componen en sí un libro de historia. No olvidemos que se publicó a la temprana edad de 1954. *San Sebastián* comienza con un bloque de “Temas históricos” (escriben Fausto Arocena, Banús y Aguirre, José María Donosty, José Berruezo); continúa con otro capítulo, “San Sebastián hoy” (por Ciriquiain Gaiztarro, Manuel de Lekuona, Gregorio Altube, José de Arteche, Dunixi y José María Iribarren), al que sigue una antología de textos de escritores contemporáneos realmente memorable. Esta antología está escrita por Azorín, Pío Baroja, Gregorio Marañón, Miguel Pérez Ferrero, el conde de Romanones y José María Salaverría. Dos poemas de Emeterio Arrese y Nemesio Etxaniz cierran este florilegio, que incorpora dibujos de Bort, Caballero, Lara, Pepe Ortega, Alfredo Tienda y el propio Valverde.

*Calle Oreta. Rentería.
Aguafuerte.*



Valverde colaboró en revistas como *"Oarso"* (Boni Otegi supo muy bien el apoyo constante de D. Antonio, que así se le llamaba, a esta revista de Rentería) y *"El Bidasoa"*, entre otras, y dejó escritos dos libros, *Con fondo de txistu* (Auñamendi, 1965) e *Ibar ixillean* (1970). En uno de los números de *"Oarso"* (1959), Valverde hacía unas anotaciones críticas sobre el tratamiento que Rentería dio a la famosa estatua que el excelente escultor José Díaz Bueno realizó en homenaje a los hijos ilustres de Rentería, por encargo de la municipalidad. La estatua, realizada a sugerencia de Ricardo Urgoiti, fue realizada y entroncada en la alameda de Rentería en 1930, aunque permaneció un año tapada, pues el ingenio de Díaz Bueno no se avino a rebajar el volumen de los pechos de la figura femenina. El genial Bagaría dedicó por ese motivo una caricatura en el diario *"El Sol"* de Madrid, en el que los renterianos no salían muy bien parados. La espesa municipalidad de postguerra arrumbó la estatua condenándola al desguace en una escombrera. Díaz Bueno no era un escultor secundario, sino un gran creador. Además de esa alegoría renteriana (¿No se podría hacer una réplica de la misma, puesto que existen documentos suficientes?), Díaz Bueno realizó otras obras en Guipúzcoa, como el busto del escritor Salaverría, de los jardines de Alderdi Eder, en San Sebastián. La recuperación del patrimonio histórico-artístico es hoy una de las tareas pendientes en la vida cultural del País Vasco. Y las corporaciones democráticas deberían atender más esta faceta del bien común.

En su libro *Ibar ixillean* se recoge un estudio que Valverde hizo sobre el pintor Regoyos, y que en su origen fue una conferencia pronunciada en 1959 y publicada en la revista *"Egan"* en 1960. *Con fondo de txistu* es un libro temperamental, en donde se recogen distintas estampas de la vida cultural y artística vasca, así como notas sobre la naturaleza y el paisaje. En este libro hace un retrato entrañable de Ricardo Baroja, por quien sentía un gran afecto y con cuya amistad y compañía departió en tertulias, bien en *"Itzea"*, bien en San Sebastián. Valverde hace elogios de la figura de Pío Baroja, del Padre Donostía, de Luis Michelena, de Lizardi, de *"Orixe"*, del músico Guridi, de Regoyos, de Jorge Oteiza, y de voces de la literatura popular, como Juan Cruz Zapirain o *"Basarri"*.

Un día de 1984 dediqué a esta ciudad, pueblo, Villa, o como se quiera, de Rentería, una serie de reportajes, para explicar en las páginas de los periódicos, que la historia de Rentería, de ese pueblo, Villa, ciudad, la historia pasada, pero también la próxima e inmediata, contaba con referencias suficientes para enseñar al mundo, pero, también, para explicar a sus convecinos, que creadores como Antonio Valverde, son los que dan sentido, ponen nombre y representan a la ciudad, desde su sensibilidad y desde su andadura inequívoca. Cuando en 1970 falleció el artista, Rentería le dedicó un homenaje, realizando una exposición antológica de su obra pictórica. En 1971, se hizo otro tanto en Oiartzun. Con el pretexto de este 25 aniversario de su muerte –y sin ningún pretexto– podría esta Villa, pueblo o ciudad que tanto amó Valverde, recuperar su memoria, a la manera sensible con que él se pronunció siempre sobre Rentería. Dedicándole, no sólo una calle, sino todas las calles de Rentería. El quiso a este lugar, Villa, ciudad, pueblo, enteramente. Como se quería antes, según parece.

*"Callejón de Chiquito". Rentería.
Aguafuerte.*

